

P A R I S

Pareciera que un “carillón” de mil campanas de oro tocase dentro de mi alma. Por tercera vez estoy en París, pero ahora como amedrentado; con ese recelo de quien afianza con avaricia la dicha ensoñada que llegó por sorpresa. París me atrae, me domina, me fascina...

París es la ciudad de la armonía y de la serenidad; del trabajo y de la gracia. El París minúsculo del pecado se esconde en los cabarets de Montmatre para explotar a los extranjeros; pero el París auténtico, alma de Francia y del mundo latino, es un París espiritual y activo que el estudio hizo sabio y el dolor maestro.

París es bello por dentro y por fuera: su alma tiene la edificante conjunción de la cultura y el aliento; y su forma externa tiene la elegancia suma de una estética perfecta.

La ciudad de París es la más bien trazada del mundo: el ingeniero Haussmann no sólo la dibujó con arte cuidadosísimo, sino que la meditó y la amó para hacerla perdurable. Es la ciudad de las perspectivas espléndidas, donde aún los ojos negados al arte afinan la retina para hundirla en el paisaje.

París es la urbe acogedora y cordial de todos los gustos, de todas las culturas, de todos los apetitos, de todos los ideales. Es generosa y amable, porque adaptándose a nuestro temperamento, nos enseña a vivir, a aprovechar nuestro tiempo, a saber estimarlo, a darle su justo valor a las cosas.

Aquí nunca podremos exclamar con tedio o tono protestatorio: No tengo a donde ir, no tengo qué hacer. Porque para cada cerebro y cada corazón hay en París cien amplias rutas y cien veredas que nos llevan a la satisfacción de nuestro afán. Hay cauces para todas las corrientes y mansas riberas para el reposo y el ensueño.

En su ambiente propicio diríase que una mano invisible nos ayuda a ser felices: y que Dios nos curará de todo mal inyectándonos optimismo perpetuo. Porque esta metrópoli es preponderantemente optimista: hace vivir y revivir; a los fuertes parece decirles: Saborea tus instantes y los detalles del camino; mira a todos lados, pero no mires sin contemplar; contempla todo, abriendo bien los ojos hasta que el alma te diga; ya contemplé; oye lo que el mundo dice, pero no oigas sin escuchar; no hagas en tus oídos una corriente de aire que todo se lo lleve; aprende a escuchar y verás entonces que cualquier tiempo será bueno para rectificar el error de no saber vivir la vida que más importa, la del alma...

...París es la ciudad de todos; es así: París no es sólo de los franceses, es igualmente de los extranjeros; y tanto, que alguna vez, contemplando su amado Montparnasse invadido y sitiado por una teoría inacabable de forasteros, el artista Guy Arnoux se empeñó en colocar sobre el pórtico de su taller en la rue Nuygnase, la bandera tricolor con esta inscripción oficial: *Consulat de France*.

Diríase al mirar sus bulevares y rúas rebosantes de una muchedumbre nutrida y alerta, que París es una urbe de vida interna e íntima, hogareña, de estudio y de libro, de charla y meditación.

Aquí sucede lo contrario que en los Estados Unidos, donde la familia se dispersa de la casa a la calle, al club, al restaurant, al campo; en Francia la familia deriva de la calle al *foyer*, a la vida confortativa y alegre de la intimidad familiar, donde padres e hijos filtran la esencia del tiempo vivido.

—¿Dónde prefiere usted vivir? —me preguntó una vez una conocida revista mexicana, y yo le contesté:

—¿Qué dónde prefiero vivir?

—La primavera en Florencia; el estío a orillas del Rhin, el otoño en Brujas; el invierno en Mallorca; cualquier tiempo en París, y los últimos años de mi vida en México.

—¿Cualquier tiempo en París? ¿Aun en estío? ¿Aun en invierno?

—Sí, porque París es nido de jardines y alamedas y descansa del calor en las riberas del Sena; y, además, porque quien está en París, está en Saint Cloud, en Versailles, en Saint Germain, en Fontainebleau, y también en París-Place, en Deauville, en Trouville. En el verano el mar protege a París, le da sus brisas a cambio de sus mujeres, las mujeres más femeninas del mundo, sin las

cuales el *chic* se amenguaría, las de espíritu más afinado y más ágil...

El París que se supera a sí mismo, la patria natural de los artistas latinos; el París imán y aurora; el que, como dijera Romain Rolland: "Modela los espíritus más rebeldes", es el que estudia y piensa; el París sacerdotal de la belleza, el París catedrático, el París "atelier"; el del Parlamento, el de la Sorbona, el de Montparnasse en sus academias y exposiciones; el de Montmartre, en sus rinconcillos de trabajo; el París conferenciante, el teatral, el de los conciertos estupendos; el de sus severos institutos científicos; el de sus 130 museos; los 100 que representan el Louvre, él sólo, y los 30 más que asombran fuera...

París, abril de 1928. (Fragmento).